

La imaginación cultural. Utopía e ideología

Por: María Rosa Palazón Mayoral*
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Texto recibido: 13 de septiembre de 2015
Texto aprobado: 5 de octubre de 2015



Fotografía: Archivo Histórico de la ENCCH, SCI 2016.

Resumen:

El presente artículo atiende dos ideas desarrolladas por Ricoeur: la ideología y la utopía. Ambas son vistas como referentes sociales, cuyos elementos favorables y, muchas veces, distorsionados, trastocan la visión del mundo. El texto incorpora la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot, como una contribución al análisis y a la denuncia de la tergiversación de estos dos imaginarios que, en su origen, no son negativos. Su reflexión transita en distintos aspectos sociales y antropológicos. En particular se detiene en Clifford Geertz para visualizar las relaciones comunitarias vinculadas al poder. Finalmente vincula la "hermenéutica de la sospecha" (Ricoeur) y la hermenéutica analógica".

Palabras clave: Ideología, utopía, hermenéutica analógica.

Abstract: *This paper talks about two ideas developed by Ricoeur: ideology and utopia. Both are seen like social referents, which advantageous and, sometimes, distorted elements, which changed the world vision. The text incorporates the Mauricio Beuchot analog hermeneutics, as a contribution to analyze and denounce the twisting of these two imaginaries, originally, non-negative. This reflection considers social and anthropological aspects, particularly examines the Cliffords Geertz ideas about the communitary relations and power. Finally, it links the "suspicion hermeneutics" (Ricoeur) and the "analog hermeneutics".*

Keywords: *Ideology, utopia, analog hermeneutics.*

En 1791 todos los franceses eran iguales,
salvo que algunos eran más iguales que otros,
y esos otros fueron enviados a la guillotina.
(Orwell parafraseado por Ricoeur)

El problema principal es que la tradición
ha actuado a veces como freno de la creatividad.

Mauricio Beuchot

* Investigadora de Tiempo Completo Titular C, en el Instituto de Investigaciones Filológicas. Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Premio Universidad Nacional 2009, en Investigación en Humanidades. Entre sus obras más importantes destacan: *Reflexiones sobre estética a partir de André Breton* (1986), *¿Fraternidad o dominio?, Aproximación filosófica a los nacionalismos* (2006), *La estética en México. Siglo xx. Diálogos entre filósofos* (2006). Correo electrónico: mpalazoa@yahoo.com

Estas páginas son una interpretación de las conferencias que dictó Paul Ricoeur en la Universidad de Chicago (1975) que abordan a la utopía y a la ideología, como dos formas de imaginación cultural que, desde Manheim (en *Ideología y utopía*), se habían tratado separadamente, olvidando sus contactos y diferencias.

Debemos afirmar que nadie acepta estar preso en la ideología. Siempre es del otro: anónima, amorfa. En cambio, las utopías son asumidas por su autor. La dialéctica entre ambas nociones tiene una faceta positiva, constructiva y otra deformadora y patológica. Me propongo explorar sus correlaciones y discrepancias, la “análoga polaridad de los dos términos” que “aporta la imaginación cultural”, tomándome del brazo de este sorprendente hermeneuta francés¹. Asimismo enfatizaré, desde la importante filosofía de Mauricio Beuchot, que la hermenéutica analógica no se separa de la preocupación por lo social al visualizar la sedimentación y la innovación como, prioritariamente, un equilibrio que pondera la semejanza y la diferencia (teniendo como foco receptivo el símbolo, es decir, un lindero dialógico).

1. *La ideología como actitud socializante*. Ricoeur va de la deformación que ha sufrido la ideología a la faceta constructiva; y esto porque la palabra “ideología” nació con un significado peyorativo (pese a que tiene una cara positiva). En el siglo XVIII se llamaron ideólogos a los opositores del imperio napoleónico, era una acepción despectiva que mostraba las tensiones del poder. La exposición de este hermeneuta francés enfatiza que algo degenera porque existe con anterioridad lo no deformado.

Hablar de ideología y su función socializante nos remite a Geertz. Para Clifford Geertz –*La interpretación de las culturas*– existen una serie de señales, críticas y discursos de la identidad. Ésta tiene variables en el tiempo que no se aplican a todos los miembros de un grupo social, sino distributivamente. A partir de que una sociedad es tal, es decir, antes de la industrialización, los miembros de una comunidad han acuñado espontáneamente símbolos y discursos. Es imposible vivir en sociedad, donde forzosamente impera el intercambio, sin tener una unicidad o carácter “identitario”, grupal y del individuo, con que negociar o relacionarse. El símbolo y el discurso juegan este papel. En el conflicto social (de la índole que sea), media la presencia de símbolos o signos atribuidos a la identidad. Ésta limita, por ejemplo, territorialmente, pues pone reglas de afiliación y exclusión que la preservan.

¹ Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, p. 46.

El principio o foco de trabajo del etnólogo Clifford Geertz fue la conversación. Quiso ampliar sus propios horizontes comprendiendo, especialmente, los símbolos como ideología o normas culturales. Los símbolos no son meras señales biológicas, aclara, sino un sistema secundario que se expresa en rituales, sea en el caso de los sacrificios en el mundo incaico primitivo, o en el habla, el vestido, entre otros.²

El proceso de interpretación se inserta, pues, en funciones simbólicas autónomas. Sin esta base sería imposible la deformación, enfermedad o disimulo que ejerce la dominación y que ha registrado la hermenéutica de la sospecha. Como representante típico de la maldad ética o de la insociabilidad, el dominador vacía de contenido a las expresiones integradoras cuando se las apropia, usándolas como medio para legitimar el orden que lo favorece. En su génesis, tales símbolos, presentes en los discursos y celebraciones rituales, preceden a los intereses de clase y a las tensiones sociopolíticas. Cabe aclarar que el símbolo, como ha señalado Beuchot, tendría que ser visto como relación del individuo y el cosmos, es decir, metonímicamente³. Esta relación podría contrarrestar las posturas dominadoras que delegan a un individuo (o un grupo de ellos), a la legitimación del orden a toda costa. El carácter metonímico del símbolo valdría como integración del individuo al todo (sin estar a la espera de la legitimación de unos cuantos a nivel político).

Los grupos se hermanan articulando un *ethos* y las cosmovisiones de manera sincrónica y diacrónica, esto es, instaurando la justicia entre las generaciones⁴. Empezar con la sospecha sobre la patología colectiva es un mal diagnóstico: ¿cómo podría degenerar la praxis, la urdimbre en que articulamos nuestra experiencia si se aislara de su dimensión unitiva, discursivo-simbólica, es decir, si se aislara de la retórica social con sus metáforas, imágenes, ironías, retruécanos, hipérboles que cada grupo actúa y usa en sus discursos? Ninguna cultura se encuentra al margen de las “plantillas” constitutivas de la unión, de la proximidad. Aparecen en los intercambios personales, socio-económicos y políticos. Luego, en virtud de estos símbolos el hombre deviene un animal

2 Esta idea estaría distanciada de la visión hermenéutica de Beuchot que insiste, entre otros elementos, que el símbolo tiene una dimensión metafórica, pero también metonímica, es decir, la parte siempre se vincula al todo reconociéndose en ella. Cfr. Mauricio Beuchot, *El hombre y el símbolo*, p. 52.

3 *Ibid.*, pp. 48-51.

4 El *ethos* tendría que ponderar el *phronimos* y la *phronesis*, son prioritariamente analógicos. Es prudencia equilibrada. Cfr., Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, pp. 132-136.

político, afirma Geertz⁵; obedece a impulsos integradores o de identidad, que nunca han faltado en la escenificación de un grupo, en cuyo seno sin duda existen multitud de problemas. La labor integradora impide la guerra total: la destrucción del prójimo que me es próximo. Esta idea de hermandad, que ubica factores que se valoran como constitutivos de una comunidad, no está afectada radicalmente por las cuestiones clasistas, sino que las rebasa. Por eso Manheim prefirió hablar de estratos sociales más que de clases: inclusive abarca discriminaciones racistas, genéricas, culturales.⁶

En la integración que legitima surgen las deformaciones o el autoritarismo, es decir, "el paso por el cual se va de la función integradora a la función de legitimación de la jerarquía"⁷. Legitimación clasista, social, racista, genérica, cultural o política, tienden a naturalizarse. Con el tiempo, la desviación, las hipérbolas de un *statu quo* devienen celebraciones que cosifican los símbolos hasta convertirlos en simple propaganda. Como llama Ricoeur: "forma sistemática de pseudología colectiva"⁸. Éste se vuelve un recurso del dominador para conservar sus privilegios. El símbolo se vuelve ídolo. O como bien afirma Beuchot: en la cosificación del símbolo impera la idolatría⁹. Ésta rompe el equilibrio que pondera la analogía, es decir, la comunicación que reconoce al otro.

Por su parte Ricoeur apunta tres aspectos de la mediación identificadora (por ejemplo, en las hablas, la religión, la comida, la bandera, el escudo...); éstos estipulan qué: a) cualquier acción está simbólicamente determinada porque el uso de símbolos es propio de la constitución social del ser humano (en términos de Beuchot es originariamente dialógico y comunitario); b) los recursos retóricos son básicos porque no son excluibles del habla y vida cotidianas: "En su función integradora, la ideología es análogamente básica e ineluctable"¹⁰; y c) la ideología nace como reacción defensiva, o bien, es un mero fenómeno pre-ideológico. La fuerza de la reacción genera signos llenos de autoridad, textos

5 Ricoeur, *op. cit.*, p. 280.

6 Es de notar que en la hermenéutica de Beuchot la comunidad estaría equilibrada sólo en una relación dialógica y ponderando la *phronesis*. El resguardo de la comunidad a condición de la negación de los que no pertenecen a ella perfilaría una perspectiva unívoca al afirmarse para negar a otros. Univocidad que rompería con el sustento de la propia *phronesis*, es decir, el *phronimos*. Cfr. Mauricio Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica*, pp. 132-133.

7 *Ibid.*, p. 280.

8 *Ibid.*, p. 279.

9 *Cf.*, *Ibid.*

10 Ricoeur, *op. cit.*, p. 279.

persuasivos y convincentes. La ideología integra y puede salir a la defensa de su tergiversación (sólo antes de caer en la trampa del poder).

2. *La utopía: ¿esperanza o desviación?* Ésta funge como aspiración imaginativa. La imaginación asigna a la ideología distintos papeles: integración y legitimación de un orden; posteriormente la deformación o el disimulo. La ideología primero preserva un orden (poniendo en escena la identificación). La resistencia que la petrifica es negativa. Se propone una función de alguna manera destructora de un orden caduco, promoviendo un avance más justo o una utopía que se enfatiza desde la extraterritorialidad imaginaria o ficticia. Ayudando a repudiar aquello que es el poder existente en el gobierno, las clases, la familia, la religión. No puede haber reflexiones sobre la integración sin subversiones que faciliten echar una mirada sobre qué somos y cómo nos hallamos constituidos. Es allí donde entra la utopía. Esta tarea la realiza una utopía positiva, subversiva y bien intencionada (puede haberlas negativas, contradictorias o deformantes).

Las propuestas ficticias las formula el utopista desde la imaginación. Este cambio, asimismo, debe orientar la preservación y la justicia colectiva. Entonces la mirada desde un lugar y un tiempo inexistente es un movimiento de trascendencia. Sin embargo, la utopía también puede pisar el abismo de la patología cuando se pretende un cambio definitivo e inalterable o, bien, cuando se propone como una “esquizofrenia” que baja el *Cielo a la Tierra*. Se afirma la “lógica del todo o nada”¹¹. Un estado ideal sin conflictos, quizá, evadiéndose hacia el pasado, esto es, olvidando las contradicciones que existen. O bien, el sueño de reconstruir una sociedad como una gran comuna (que desde ahora puede tener los efectos ultraizquierdistas del anarquismo o ultraderechistas del fascismo). Cabe preguntar con Ricoeur: “¿No implica la función excéntrica de la imaginación entendida como la posibilidad del ‘ningún lugar’ todas las paradojas de la utopía?”¹²

La excentricidad de la imaginación utópica (la no esquizofrénica), cura la patología estrecha y ciega de la ideología (incapaz de ofrecer la posibilidad del “ningún lugar”). Es fructífera la hipótesis de que la polaridad entre ideología y utopía tiene que ver “con las demás figuras de las incongruencias típicas de la realidad social”¹³. Cuando se polarizan se enferman.

¹¹ *Ibid.*, p. 59.

¹² *Idem.*

¹³ *Ibid.*, p. 47.

Si la ideología legitima unas normas de autoritarismo, la utopía las afronta. Media una brecha de credibilidad en las normas que legitiman el autoritarismo. La utopía parte de la distancia que excede la confianza o credibilidad en un estado de cosas. Paul Ricoeur piensa que esa realidad social es incongruente porque está minada por el poder de dominio, el disimulo, el juego de máscaras que despierta la hermenéutica de la sospecha. Entonces, esta forma de ideología no crea la sociabilidad del individuo, sino que lo somete, deforma sus capacidades y sus derechos humanos. La víctima padece y expresa la dominación sin saberlo.

Sin duda, opina Ricoeur, siempre habrá gobernantes y gobernados, es decir, un orden. Aunque siempre podemos rebelarnos a las normas que nos imponen. La mejor de las ideologías comporta la legitimación de una autoridad, la utopía imagina las formas alternativas no tan coactivas de usar el poder; porque los individuos han dejado de pensar compulsivamente que el amo es la figura del ser humano que falta al esclavo.

Es importantísimo que estas reflexiones sobre ideología y utopía se replanteen en este mundo en crisis; habría que purificarlas y actualizarlas. La ideología aplica a las clases, pero también a otras sutiles formas de discriminación ideologizadas; por ejemplo, al racismo, a los géneros, a las culturas y a los pueblos sojuzgados, en los centros y las periferias mundiales. Habría que revisar por qué el mundo ha estallado en cuestiones nacionales en su sentido positivo y negativo, y cómo los movimientos sociales centrípetos son condición de posibilidad de los centrífugos o internacionalistas. Aquí resalta que la innovación social y política va contra lo establecido. Rompe así, lo que Beuchot llamará equilibrio entre lo sedimentado y lo innovado para el bienestar humano.¹⁴

Concuerdo con Ricoeur que la ideología, en sus dos caras, es un asunto básicamente político, aunque es imposible dejar de considerar los asuntos económicos. Actualmente habría que analizarse este anónimo, o casi, dominante poder financiero y secundariamente industrial que nos apergolla. Esto quiere decir que el libro de Ricoeur abre un sendero relevante que debe actualizarse: las ideas torales es necesario replantearlas desde la historia efectual y, claro, desde las utopías en gestación que enfrentan al neoliberalismo, la globalización xenófoba y chovinista. Donde los países cen-

14. Cfr. Beuchot, *Tratado de Hermenéutica...*, op. cit., pp. 68-71.

trales, particularmente Estados Unidos, se imponen a otros hasta desatar (bajo la hipérbole de que tienen la verdad política y de que son el modelo de la democracia), guerras cruentas que violan los más elementales derechos humanos de pueblos inocentes. Incluso, hasta los soldados invasores que, obligados, se convierten también en víctimas. Todo ello para apropiarse, por ejemplo, de los enclaves petroleros (como un polo de dominio que lleva al genocidio y a la devastación planetaria).

Coincido con Beuchot sobre la importancia de una interpretación incluyente y de respeto a la diferencia ponderada por la analogía. Relevante será también orientar una interpretación de lo social que despierte el interés genuino por el otro. Entendiendo que, como insiste el filósofo mexicano, en el imaginario social hay tensión entre una literalidad y una alegoricidad que, muchas veces, puede ser dañina¹⁵. Por ende, el imaginario social no tendría que rehuir al carácter interpretativo (por lo menos de aquellos que encuentran o descubren las contradicciones políticas y sociales).

La propia analogía permitiría coadyuvar a la visión edificante de la ideología y de la utopía. La interpretación analógica no sólo se enfatizaría como herramienta interpretativa, sino que ponderaría una ética del equilibrio y la prudencia. Interpretar desde el equilibrio supone no sólo explicar deliberando conceptos, sino desenmascarar las fases negativas del imaginario social. Pero, además, la hermenéutica analógica promueve un acercamiento equilibrado ajeno al equivocismo de la desarticulación social y al univocismo de la imposición unilateral.

La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot se gesta como el puente idóneo a la hermenéutica de la sospecha sustentada por Ricoeur para que, con ello, se reactive una dialéctica entre ideología y utopía bajo un aspecto más edificante, integrador y esperanzador.

Referencias:

Beuchot, Mauricio, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, UNAM, México, 2015.

Beuchot, Mauricio, *El hombre y su símbolo. Desde una antropología analógica*, Demeter, México, 2011.

Manheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, F.C.E., México, 1941.

Marx, Karl, *La ideología alemana*, Ediciones Quinto Sol, México, 1971.

Ricoeur, Paul, *Ideología y utopía*, Georg H. Taylor (comp.). Trad. Alberto L. Bixio, Gedisa Editorial, Barcelona, 1986.

Weber, Max, *Economía y sociedad*, FCE, México, 2014.

¹⁵ Cfr. Beuchot, El hombre..., *op. cit.*, pp. 60-67.